

Aproximación a la incidencia de la metáfora en el discurso político –Discurso del poder–*

Approximation to the incidence of metaphor
in political discourse

LUZ AMPARO FAJARDO URIBE**
luzafajardo@hotmail.com

Recepción: 03 de agosto de 2011
Aprobación: 15 de noviembre de 2011

* Este artículo es el resultado del proyecto El Español hablado en Tunja, materiales para su estudio.

** Profesora asociada del Departamento de Lingüística de la Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Lingüística Española del Seminario Andrés Bello, Instituto Caro y Cuervo. Doctora en Filología Universidad Nacional de Educación a Distancia UNED. En la actualidad, Vicedecana de Investigación y Extensión de la Universidad Nacional de Colombia.

Resumen

La metáfora es un recurso retórico empleado en el discurso político - discurso del poder para lograr la comprensión efectiva de la intención de quien lo emplea. Estas metáforas están relacionadas con los diferentes tipos de ingredientes que se emplean dentro de un discurso político – discurso de poder, a saber: el discurso de la economía, el discurso de la biología, el discurso de la salud, el discurso de la guerra, el discurso religioso. A través de cada uno de estos discursos se busca mostrar cuáles son los problemas que enfrenta el Estado y cuáles las soluciones que, desde la óptica del hombre político, se pueden proporcionar con el fin de hacer del Estado un ente mejor.

Palabras clave: metáfora, transferencia de sentido, lenguaje literal, guerra, salud, biología, economía.

Abstract

Metaphor is a rhetoric resource employed in political discourse/discourse of power in order to attain a more effective comprehension or the intention of the user. These metaphors are related to the different types of ingredients used in a political discourse/discourse of power, such as: the discourse of economy, discourse of biology, discourse of health, discourse of war, religious discourse. The purpose of each of these is to show which are the problems faced by the State, and what are the solutions which, from the point of view of the political man, may be offered in order to make the State a better place.

Key words: Metaphor, transfer of meaning, literal language, war, health, biology, economy.

"Las metáforas también votan".
(González, J. M., 1998: 11)

Introducción

Cuando el político emplea la lengua encara la necesidad de utilizar una serie de recursos retóricos que le permitan acceder a un público desconocido y lograr el propósito de persuadirlo. La ambigüedad, por ejemplo, independientemente de la forma que adopte, se convierte en un recurso retórico muy eficiente para el político, pues permanentemente emplea enunciados que pueden tener más de un significado, ya que cada uno de sus oyentes puede decidir cuál es el significado más apropiado para el contexto dentro del cual él se encuentra inmerso. De esa manera, el político mantiene buenas relaciones con todos sus seguidores, pues cada uno de ellos oye lo que quiere oír y posiblemente le encuentra un correlato dentro de la realidad que esa persona en particular vive. Ese contexto al que se hace referencia no necesariamente tiene que ser lingüístico, pues el ser humano maneja permanentemente presupuestos, creencias, actitudes, experiencias previas que modifican su capacidad de interpretación. Es cierto que la ambigüedad es un fenómeno que se le entrega al oyente para que lo resuelva, pero también es cierto que, a través de ella, el hablante manifiesta su poder, su capacidad para tener a todo el mundo contento, para cautivar a quienes aún no han entrado a hacer parte de sus filas. No obstante, es posible que se suceda el efecto contrario y que, en lugar de persuadir, realice operaciones de disuasión, al punto de disminuir notablemente el número de sus seguidores y de no lograr los objetivos que se propone frente al movimiento de masas a su favor. De todas formas, la ambigüedad se presenta como un arma de doble filo pues, si bien es cierto que puede funcionar a favor, puede también colocarse en contra.

Se puede afirmar, en consecuencia, que quienes ingresan al mundo de la política ingresan también al mundo del lenguaje que manejan quienes la ejercen o la practican, y su éxito estará garantizado en la medida en que se reconozcan, comprendan y produzcan estructuras retóricas de formas diversas. Este trabajo se ocupará particularmente de los enunciados metafóricos propios de la política. La metáfora es una herramienta lingüística vital para la comprensión del funcionamiento de la política tanto a nivel de los regímenes democráticos

como autocráticos. La metáfora le da cuerpo a las relaciones políticas abstractas y permite comprender esa realidad plagada de contradicciones dentro de la cual la política se mueve.

Los periódicos de cualquier país se convierten en los testigos que se ocupan de hacer un registro fiel de la lengua que emplean los políticos en cada uno de los acercamientos públicos que tienen y la reflejan en la citación de sus palabras o en la manera cómo se apropian de su discurso para parafrasear y llegar al lector. En consecuencia, cada vez que tomamos uno de los periódicos nacionales nos encontramos con una serie de términos que ya se nos hacen familiares por la fuerza de la costumbre, porque los leemos a menudo, porque los escuchamos en el día a día de quienes son nuestros líderes políticos o de quienes se encargan de registrar sus noticias: los periodistas encargados de cubrir estas secciones. Hicimos, entonces, el ejercicio de tomar el diario *El Tiempo* de Colombia, en su versión de papel, quizás el periódico más leído en nuestro país, durante la semana comprendida entre el domingo 10 de junio y el domingo 17 del mismo mes del año en curso. La cantidad de expresiones metafóricas que encontramos en cada una de las temáticas allí consignadas, relacionadas con política y economía, es abrumadora. Extrajimos sólo aquellas que requeríamos para ejemplificar el tema que nos ocupa.

Seguramente, nos serán familiares expresiones del tipo: “La más reciente **encomienda fúnebre** llegó hace apenas unos días (...)” (El Tiempo, 10 de junio 2012 p. 5, columna 2) en la que se está hablando de las amenazas de muerte recibidas por un funcionario del sector oficial. “A finales de marzo y con más de 30 capturas, las autoridades acabaron con **el reinado de la banda** (...)” (El Tiempo, 10 de junio 2012 p. 5, columna 3). También se menciona que el plan para matarlo “**lo estarían fraguando**” (El Tiempo, 10 de junio 2012 p. 8, columna 1). La mayoría de estas expresiones no las catalogamos como metafóricas porque de alguna manera el uso frecuente nos hace pensar que esas expresiones describen de manera literal la situación o relación a la que están aludiendo y no nos percatamos de que detrás de ellas hay una metáfora, una traslación de sentido. En otras palabras, esas expresiones son literales para otras realidades, pero no para las que se está aludiendo en estos apartados particulares. Esa sensación que queda en el lector de satisfacción léxica se da porque cognitivamente siente que la expresión empleadas se ajusta a la situación descrita y permite configurar la imagen que más concuerda con la realidad referida.

¿El discurso político-discurso de poder?

La política se interpreta como un campo en el que se miden fuerzas simbólicas, un mundo de actividad humana en el que las acciones ganan o pierden significación y simbolizan más

o menos valor, dependiendo del momento histórico en el que se den: lo que hoy tiene valor o significado para una comunidad, no lo tiene mañana. Así se mueve la política: las reglas bajo las cuales se rige están en permanente cambio y son algunas veces impredecibles, dado que dependen de las vueltas que da la historia de los pueblos.

El debate político se centra en asuntos relacionados con la libertad, el ejercicio del poder y la economía de los pueblos. De ahí que sea reiterativa la utilización de términos como *libertad, igualdad, seguridad, independencia, economía* y otros, que puedan hacer referencia indirecta a estos conceptos, de ahí la presencia de metáforas, metonimias y símiles alusivos a estas problemáticas. El empleo de este tipo de figuras retóricas se ha hecho cada vez más evidente, pero además necesario en la política y en el ejercicio del poder, aunque no podemos desconocer que los hombres de poder también se han valido de ellas para ocultar la realidad que vive un pueblo.

En términos generales podemos afirmar que

“(…) el análisis de las palabras políticas claves dentro de sus contextos culturales puede dar una posible aproximación a un amplio campo de asuntos políticos. Estos asuntos y problemas podrían incluir, por ejemplo, los rasgos mágicos en las ideologías nacionalistas, la enajenación entre organizaciones multinacionales y sociedad, las concepciones diferentes de “necesidades básicas” y “autoconfianza”, el papel de la corrupción y del estatus, la descomposición de la familia extendida y el levantamiento del extremismo político”. (Van Peursen C. A., 1982: 47)

A pesar de que algunos teóricos consideran que el político, más que cualquier otro hablante, debe ser muy literal en sus discursos para no tener el riesgo de faltar a la máxima de cualidad de la que habla Grice, no podemos desconocer que la metáfora se ha convertido en un elemento esencial del discurso político. Al igual que en el texto literario, deja de ser un mecanismo didáctico u ornamental para pasar a ser un instrumento manipulador. El gobernante, el político, el aspirante a un cargo en el gobierno se convierte en el actor del teatro político donde, a través de las diferentes escenas que representa, transmite un mensaje que pretende convencer, persuadir a la audiencia de las bondades de sus propuestas, de aceptar con beneplácito una acción ya realizada o una decisión ya tomada. La audiencia, por su parte, entra en el juego y se presta para ser manipulada y convencida sin analizar los hechos. El gobernante sabe aparecer ante el público en el momento oportuno para mostrar de él lo que le interesa que el pueblo conozca, siempre y cuando eso le permita lograr sus propósitos.

Se trata de un juego de presencia y ocultamiento, de cercanía y de dejarse ver de lejos, juego en el que es básico también el secreto 'ya que las grandezas que se conciben con la opinión, se pierden con la vista' y 'desde lejos es mayor la reverencia'. (De Saavedra Fajardo, D., 1984: 48)

El hombre público gana autoridad en la medida en que la representa y, para lograr este propósito, debe cultivar su personalidad, manejar adecuadamente sus movimientos y su voz haciéndole ganar sonoridad. Los otros elementos, tales como representatividad, inteligencia, suspicacia, son sólo añadidos que, bien administrados, le permiten mantener el poder por un largo período de tiempo.

B. Pérez Galdós (1979) considera que en el orador se mueven, se entremezclan permanentemente dos seres: uno, el orador mismo que se dirige a una multitud, y el otro el hombre que está continuamente oculto, pero que está siendo a la vez el juez del discurso que emana de la voz del orador. En esa medida es quien se encarga de modificar, de agregar, de suprimir elementos del discurso que le permitan llegar al auditorio y conseguir los objetivos que se había propuesto. El discurso entonces maneja una doble direccionalidad: una, hacia afuera, donde está el auditorio, y otra, hacia adentro, donde habita el hombre, quien, con base en sus sentimientos, sus intereses, sus expectativas, construye el discurso.

El auditorio, representado en una muchedumbre, también emite un discurso que se representa en sus gritos, sus vítores, sus voces de aliento o de protesta e incluso se manifiesta en su silencio que, como diría el Supremo (el Dictador Perpetuo de Roa Bastos) es en ocasiones más elocuente que las palabras. Sin embargo, ese discurso colectivo siempre tiene un tinte de irracionalidad, ya que no corresponde a la suma de la racionalidad de los discursos que cada individuo de la colectividad emite. De ahí el carácter animal que se atribuye a la muchedumbre, su irracionalidad es tal que la lleva a comportarse como un monstruo incontrolable.

La política de nuestros siglos ha mantenido algunas tradiciones propias de la época cortesana: las apariencias entre las que se movían sus integrantes eran un elemento representativo. De ahí quizás el protocolo bajo el cual se realizan algunos actos públicos, el protocolo de las comunicaciones escritas y las jerarquías que establecen los entes gubernamentales incluidas, por supuesto, las formas de tratamiento, las venias y demás expresiones no verbales que no reflejan otra cosa que veneración, respeto, supremacía de quien las recibe frente a quien las realiza. De ahí, afirmaciones como la que realiza R. Sennet (1978) con respecto a los tres fines que históricamente ha cumplido la metáfora: introducir la ilusión y el engaño

como elementos de la vida en sociedad, separar la naturaleza humana de la actuación de los individuos e insistir en la actuación permanente de los individuos tras la máscara bajo la cual ocultan su verdadera identidad.

La lengua que emplea la política no es sólo el reflejo de una realidad social, sino que ordena, modela construye y simplifica el mundo en el que nos situamos unificando muchas realidades en una sola expresión verbal. La lengua del político no es en ningún caso neutral, siempre está permeada por el poder que se quiere transmitir. Ese poder se percibe en las estrategias persuasivas que emplea, al igual que en su carácter aparentemente predictivo o en las estadísticas de las que se vale para hacer los hechos más creíbles. La lengua que utiliza está permanentemente matizada con evaluaciones de los eventos que pregona para crear la necesidad o para satisfacerla.

La metáfora en el discurso político – discurso de poder

Tanto las metáforas que se encuentran dentro del discurso político – discurso del poder, como el resto de las estructuras lingüísticas que allí aparecen tienen un carácter esencialmente persuasivo, aunque también son empleadas para enfatizar, reclamar, concretar, convencer o modificar los esquemas mentales que surgen como resultado de la realidad social en la que el individuo se mueve.

La metáfora es un elemento esencial en el arte de convencer tanto a partidarios como a adversarios, pues los unos y los otros se valen de ella para argumentar a favor o en contra. Es, por otra parte, un recurso que permite hacer aparecer el discurso como estéticamente más agradable, más atractivo, sin que se oculte la realidad social a la cual se refiere. La metáfora, en el discurso político – discurso de poder, no sólo se emplea en la comunicación, sino que efectivamente es el instrumento que nos permite conceptualizar y pensar la realidad social que nos circunda.

Las metáforas vehiculan formas de entender el mundo y de actuar sobre él, pero también formas de ocultar elementos de la realidad. La metáfora, como afirman Lakoff y Jhonson (1987), une razón e imaginación de manera racional y nos conecta con símbolos, emblemas y diferentes representaciones iconográficas que históricamente hacen parte de nuestras representaciones sociales, y de nuestra acción social y colectiva.

D. W. Tarbet (1968), a propósito del discurso político – discurso de poder, hace la diferencia entre metáforas explicativas y estructurales, en las que las primeras permiten ejemplificar,

explicar o aclarar determinados pasajes, mientras que las segundas desempeñan un papel mucho más importante en la constitución del texto. Las explicativas son marginales, mientras que las estructurales no sólo son elementos constitutivos del pensamiento a través de los conceptos que engendran, sino que son elementos expresivos.

Platón señala que el discurso político – discurso de poder está ampliamente marcado por la presencia de metáforas, particularmente cuando se refiere a la descripción del Estado ideal. Considera que el hombre de estado debe estar especialmente dotado de conocimiento tecnocrático, lo cual le permite conducir el Estado tal y como lo hace el capitán con su barco en alta mar. La concepción del Estado en el mundo occidental ha estado marcada por la propuesta de Platón, de ahí la tendencia a visualizarlo como una entidad que mantiene cierta unidad y que puede o debe ser gobernada en la dirección correcta por un hombre de estado. Ankersmit (1993) considera que esta metáfora de Platón tiene por lo menos dos elementos constitutivos, a saber:

- El Estado, entendido como un barco, debe seguir un curso determinado para alcanzar una meta.
- La separación del timonel tanto del barco como de su tripulación es comparable con la distancia que se establece entre quien toma decisiones y aquellos sobre quienes recae la decisión tomada. La metáfora crea la distancia entre el timonel político y la sociedad sobre la cual se ejerce la acción política. La metáfora cuanto más distancia tome con respecto al hecho al que se refiere, más efectividad comunicativa alcanzará, pero además hará posible la estabilidad política del Estado.

Tanto el barco como el Estado deben guardar cierta coherencia y unidad en su interior, pues tan imposible es conducir un barco cuyas piezas no se ajustan como un estado en el que sus gentes están totalmente separadas.

En El Tiempo del domingo 17 de junio p. 2 los periodistas Edulfo Peña y Daniel Valero en un artículo escrito a cinco columnas y que titulan a través de una expresión metafórica “Las **nuevas llaves** del Presidente **para la paz**” hacen referencia al proceso de paz, parodiando a Platón, a través de las imágenes de un partido de fútbol:

Si la expectativa de un proceso para acabar el conflicto colombiano pudiera compararse con un *partido de fútbol*, a juicio de expertos el **juego** comenzó esta semana, con la aprobación del marco jurídico para la paz (...)

Para el **'director técnico' del equipo oficial** – Santos todo un apostador, la pregunta no es si va a **jugar**, sino en qué momento comienza a usar **esas herramientas**. El asunto es **táctica y estrategia**. Se deben utilizar la política y la fuerza, pero para poner en práctica la primera faltaban **reglas de juego** claras, que son las que acaban de aprobar y le permiten al mandatario replantear la **estrategia**.

(...) Santos no está pensado si juega o no, sino en qué momento utiliza las nuevas reglas. Hay quienes creen que en lo que queda del primer tiempo debería arreciar la acción militar hasta fatigar “al enemigo”. Y emprender una acción por la paz apenas iniciando el segundo tiempo, el 7 de agosto del 2014 (sic), si logra la reelección.

Quienes miran el partido desde las graderías creen que Santos está intensificando la defensa para evitar los goles de contragolpe en lo que resta del primer tiempo. (...)

Continúan los periodistas bajo un subtítulo del mismo artículo **“Para mejorar el juego”**:

La norma, precisamente, da un plazo de cuatro años para su implementación a partir de que el Gobierno lleve al Congreso la primera ley reglamentaria. Santos podría estar pensando en echar a correr el cronómetro para el segundo tiempo del partido de la paz en el momento en que comience su segundo mandato. Son varias las nuevas herramientas con las que el Presidente cuenta para “facilitar la terminación del conflicto”. Una de estas es que pone al Congreso de árbitro para decidir qué castigos aplicar a los grupos armados ilegales que se sienten a negociar, con la expedición de leyes de su iniciativa.

Otra cosa que podrá hacer es diferenciar a los actores armados para que, como en una cancha, se pueda identificar quiénes hacen parte de uno u otro equipo (...)

El congreso, por iniciativa del Presidente, podrá determinar también si los jugadores que violaron la ley deben ser encarcelados o no (...)

Y para que los jugadores del equipo ilegal puedan opinar y proponer fórmulas de cómo enfrentar nuevos partidos, desde la democracia, se dispuso que podrán ser voceros políticos o elegidos.

En el curso de la historia, metáfora, política y poder han estado estrechamente relacionados. Ankersmit (1993) reseña algunos de los términos que históricamente han sufrido

modificaciones metafóricas. Así, en el siglo xvii el poder político y sus consecuencias fueron comparadas con el axioma galileano relativo a la ley de la inercia. En el siglo xviii, cuando en Europa se comenzaron a formar los partidos políticos, se dejó de utilizar la palabra *facción* y se implementó el empleo de la palabra *partido*, que originalmente era utilizada en el área de la litigación jurídica. Es decir, se modificó el término para referirse a fracciones o grupos y se optó por otro que, en oposición, significaba asociación. J. B. White (1987) demuestra cómo los estatutos, las órdenes y las leyes no fueron inicialmente creados para reglamentar el comportamiento de los ciudadanos, sino como una serie de paradigmas bajo los cuales se concebía la acción social, es decir, como producto de metáforas que describían la interacción entre ciudadanos o entre los ciudadanos y el Estado.

“La metáfora verdaderamente se convierte en una opción normativa para legislar. (...) Por encima de todo, requeriría que el legislador garantizase que, cualquier cosa que los litigantes quisiesen sistemáticamente incorporar en las historias que cuentan sobre su caso, se reflejará en la formulación de la ley o estatuto. Y, recíprocamente, lo que ellos sistemáticamente excluyen de sus puntos de vista metafóricos, debe también conservarse fuera de la ley y su aplicación. (Ankersmit, F., 1993: 157)

Múltiples vocablos de los empleados en política tienen entonces un origen metafórico

“Líder, candidato, patria, carisma, política, república, burocracia o razón de Estado, por poner sólo unos pocos ejemplos, son conceptos de origen metafórico (...) Si intentáramos suprimir tanto las metáforas vivas como las muertas de nuestro lenguaje político, nos quedaríamos con un lenguaje altamente formalizado, incapaz de transmitir ningún tipo de conocimiento sobre lo colectivo, sobre nuestra vida en sociedad.” (González, J. M., 1998: 15).

El discurso político se caracteriza por construirse con base en metáforas, pues éstas brindan la posibilidad de expresar el nexo que se establece entre la realidad y la figura a través de la cual se invoca. Las metáforas del discurso político contemporáneo carecen de la calidad poética de la que se estilaba en otros tiempos. A través de ellas se revelan diversos aspectos del pensamiento político, aunque algunas veces se convierten en expresiones peligrosas, por cuanto pueden producir estereotipos que designan y orientan el discurso de manera negativa. No obstante, se debe reconocer que en ocasiones esos estereotipos están al servicio del político, ya que le permiten denigrar de sus oponentes al punto de ganar terreno suficiente dentro del electorado.

(...) las metáforas no son sólo “floreos retóricos” excepcionales, sino recursos cognitivos para formar y comunicar conceptualizaciones de la realidad que pueden

ser de algún modo problemáticas. Desde el punto de vista de la interacción, las metáforas permiten al hablante evitar referencias directas (que afecten su prestigio o resulten demasiado reveladoras). Las metáforas recurrentes son parte de las lenguas y de las culturas, y dependen tanto del sistema conceptual humano como de los sistemas culturales. (Chilton P. y C. Schäffner, 2000: 318).

El político se vale por supuesto del lenguaje cotidiano, pero emplea, además, metáforas y neologismos, a través de los cuales le da al texto mayor distinción y ampulicidad, y tecnicismos que le dan credibilidad, pues a través de ellos se magnifica la realidad o se le nombra de manera aparentemente más precisa y científica. El neologismo surge, generalmente, de la aplicación de reglas de derivación y tiene un efecto trascendental tanto en lo ideológico como en lo político. Las metáforas, por su parte, usualmente tienden a resaltar la relación entre dos: quien tiene el poder y quien se resiste a él, quien domina y quien es dominado, quien hace alarde de la legitimidad y quien trata de ilegitimarlo. Esto explica por qué nos encontramos términos relativos a la *guerra*, por ejemplo, ya que es común que se pretenda mostrar la oposición que se presenta entre los partidos o grupos ideológicos, usualmente el uno está en posición de derrotar al que se le opone, tiene un *blanco* determinado al que apunta, caso en el que se hace manifiesta la terminología propia de los militares, quienes han sido formados para guerrear. Ejemplos: “Si las circunstancias políticas demandan que estemos todos **al frente del cañón** en la contienda, también lo haremos” Germán Vargas Lleras (El Tiempo, 10 de junio 2012 p. 10, columna 5) “El general (...) dijo que avanzan en **una operación (...) para debilitar** a las Farc (...) ‘Este es uno de los **pocos santuarios** que les quedan a las Farc (...)’” (El Tiempo, 11 de junio 2012 p. 4, columna 5).

Otras metáforas que se manejan dentro del discurso político tienen que ver con la concepción del Estado, ya que este se conceptúa como una persona, como un ser que posee cabeza, pies, manos cuerpo, y que tiene, además, capacidades mentales que le permiten tomar decisiones, pensar, creer y ser sensitivo. Como ser humano, se ve involucrado en relaciones sociales y las interacciones que éstas exigen. Aunque está circunscrito a un espacio delimitado, mantiene relaciones con los demás estados; el espacio en el que se sitúa se convierte en su hogar, y quienes lo rodean, sus vecinos, sus amigos, pero también sus enemigos. Ejemplos: “(...) El otro candidato plantea una **Venezuela de violencia**; Capriles una **Venezuela de paz, de tranquilidad**. El otro candidato les plantea una franela de un color; Capriles les plantea **la cisa vinotinto, la Venezuela tricolor** (...) **No soy enemigo de nadie, soy enemigo de los problemas, yo soy enemigo de la violencia**, yo soy enemigo de un país que tiene un gobierno que no nos permite avanzar, que tiene un gobierno que nos ha dividido”. (El Tiempo, 11 de junio 2012 p. 8, columnas 3 y 4).

La salud del estado se mide en términos del bienestar de sus habitantes y de buenos líderes, de su riqueza en términos económicos, pero también a través de los recursos naturales que posee en sus suelos; su debilidad es el producto de la ausencia de gobernabilidad, la ausencia de poder, de liderazgo o de recursos económicos que le permitan satisfacer las necesidades de su pueblo. En algunos casos, empleamos términos que se relacionan con aspectos monetarios: por esa razón *gastamos vidas en la guerra, pagamos el precio de la violencia*. Ejemplos: “No puede ser que en un **Estado que esté en un momento de bonanza**, de eso no le llegue nada a la gente más necesitada” Germán Vargas Lleras (El Tiempo, 10 de junio 2012 p. 10, columna 1). “El Estado colombiano ya comenzó en forma **el proceso de reparación de víctimas de la violencia (...)**” (El Tiempo, 11 de junio 2012 p. 1, columna 2). A propósito de la reparación de víctimas encontramos: “**Se trata de entregarles reparación económica, para que además estén acompañadas de un Estado que construye junto a ellas un plan integral de reparación**” (Paula Gaviria, directora de la Unidad de Víctimas, El Tiempo, 11 de junio 2012 p. 3, columna 2). En ese mismo sentido afirmó Juan Manuel Santos, presidente de la República de Colombia “Aquí **no va a haber ningún titubeo en hacer cumplir la ley de víctimas (...)** **Reparar a las víctimas es sanar nuestras heridas**”. (El Tiempo, 11 de junio 2012 p. 3, columna 5).

El discurso de la economía o discurso del dinero incide en el discurso político, porque el dinero siempre está asociado al poder. De ahí el rol que el economista juega en la concreción del discurso del político, porque es quien le impone el toque racional al discurso del político, ya que éste último sabe del poder del dinero, pero no tiene las herramientas cognitivas para referirse a él y puede entonces tornarse vago en sus referencias. La racionalidad se debe entender aquí como “lógica cartesiana, álgebra, resultados numéricos producto de la investigación econométrica, análisis de costo-beneficio”. (Pen, J., 1993: 38).

El economista se torna entonces en pieza fundamental, ya que es a quien le toca encontrar las palabras adecuadas para referirse a los datos que encontró a través de las variables mencionadas. Pero el problema no es sólo encontrar las palabras adecuadas, sino encontrar, además, palabras convincentes que le permitan persuadir a quienes el político tiene puestos en la mira. Es aquí, entonces, donde la metáfora entra a jugar un papel esencial, en tanto que le permite realizar traslaciones de un dominio conocido para quienes lo escuchan o lo leen a un dominio desconocido, como el manejo del dinero dentro de una sociedad. Ejemplos: “España se convirtió ayer en el cuarto país de la eurozona que debe **pedir un rescate**” (El Tiempo, 10 de junio 2012 p. 19, columna 2) Es importante observar, entonces, los mecanismos que emplean los economistas para tratar de disfrazar las situaciones “El ministro español de Finanzas, Luis de Guindos, negó que **la eurozona vaya a conceder**

un rescate – lo llamó ‘financiación internacional’ – explicó las bondades del acuerdo y aseguró que hará que el riesgo español baje, lo que de ocurrir sería lo opuesto a lo que paso cuando la zona euro rescató a Grecia, Irlanda y Portugal”. (El Tiempo, 10 de junio 2012 p. 5, columna 4). “(...) **la crisis se agravará**, porque si a España se le encarece el acceso a los mercados financieros, se vería abocada a pedir un rescate completo para refinanciar la deuda pública. Y porque **los mercados amenazan con provocar una catástrofe** si el voto griego en las legislativas del domingo da la victoria a los partidos contrarios (...)” (Idefe Martín Pérez, El Tiempo, 11 de junio 2012 p. 2, columna 1). **El rescate fue lo mejor para apagar el incendio**”. (Mauricio Reina, Investigador de Fedesarrollo, El Tiempo, 11 de junio 2012 p. 2, columna 5)

Tradicionalmente, los economistas, al igual que otros estudiosos de las ciencias contables, consideraban que el lenguaje con el cual ellos se referían a los diferentes aspectos de su objeto de estudio debía ser lo suficientemente depurado, de tal forma que se evitaran ambigüedades que conllevaran a una mala interpretación de lo dicho. Sin embargo, hoy se percibe una tendencia particular entre los economistas contemporáneos a expresar los hechos económicos a través de expresiones que son propias de otras áreas del conocimiento. Ejemplos: “El monto (...) irá destinado exclusivamente a recapitalizar **la banca española, hundida por el reventón de una burbuja inmobiliaria** que en sus mejores tiempos construía más casas en España que en Alemania (...)” (El Tiempo, 10 de junio 2012 p. 19, columna 3 y 4) “**El Viejo Continente está sufriendo, y el nuevo mundo mira de lejos su agonía, tratando de evitar que el virus de la recesión lo contagie**”. (Fernando González P. Subdirector Economía y Negocios, El Tiempo, 10 de junio 2012 p. 19, columna 2) y si continuamos en esa misma columna nos encontramos en el párrafo siguiente “Países latinoamericanos que hoy sobresalen **por su buena salud económica**, como Colombia, tienen la esperanza que **los efectos de la crisis sean lo menos dolorosos posibles**. Si bien **Colombia ha tomado ‘medicinas’ preventivas** que han demostrado ser efectivas para afrontar el **vendaval internacional**, lo cierto es que **no hay ninguna cura que lo hagan (sic) totalmente inmune a la enfermedad europea**. Eso sí, hoy, **el país tiene armas para defenderse y eso le da margen de maniobra**”. El siguiente párrafo se inicia de la siguiente manera “**El contagio a Colombia** puede llegar, entre otros, por vías como caída de remesas (...)”. Sin embargo, allí no termina la utilización metafórica del autor “**Si la situación de Europa se agrava**, el dólar subirá, pero en caso contrario **caerá y puede romper el piso de los 1.700 pesos**” y en el siguiente párrafo inicia diciendo “**En el último mes, los mercados de acciones han caído** en el mundo”.

Las imágenes empleadas en economía para referirse al poder son, en su mayoría, metáforas visuales tales como la mano invisible, la depresión, la tasa de crecimiento, el equilibrio del

mercado, etc. J. Pen (1993) anota que el empleo de un tipo determinado de metáforas ha marcado un tipo particular de teoría económica. Así, encontramos que los análisis producidos bajo los parámetros neoclásicos describen una sociedad organizada y autorregulada. En consecuencia, las metáforas empleadas tienen que ver con relojes, máquinas a vapor, reguladores mecánicos, tasa de crecimiento, tasa de desempleo. Los análisis kinésicos apuntan a mostrar el desorden, la depresión y la inflación, donde se emplean metáforas relacionadas con *corrientes* que pueden sufrir estancamientos, congelamientos, turbulencias; o eventos relacionados con la mente o el tiempo, como las depresiones y los efectos de la vulnerabilidad. Las teorías postkinésicas utilizan metáforas relacionadas con el caos, lo impredecible, lo inestable. De ahí el cúmulo de voces que se escuchan, la explotación de las masas, la distribución equitativa de recursos. Ejemplos: el tiempo titula en su sección económica “**La economía busca un ‘aterrizaje’ controlado**” (El Tiempo, 17 de junio 2012 p. 18, titular a tres columnas) e inicia el artículo diciendo: “**la industria cayó** por primera vez en dos años y medio: **tras batir marcas (...)**” (El Tiempo, 17 de junio 2012 p. 18, columna 2) y continúa en el siguiente párrafo “Estos son **los síntomas de la desaceleración** de la economía (...)” (El Tiempo, 17 de junio 2012 p. 18, columna 2). Un párrafo más abajo afirma “Hace sólo nueve meses el producto interno bruto (PIB) avanzaba a un ritmo de 7.5 por ciento, muy **por encima de la velocidad** que se considera sostenible en el largo plazo”. (El Tiempo, 17 de junio 2012 p. 18, columna 2). En otro apartado Sebastián Piñera, presidente de Chile, afirma: “América Latina está resistiendo en mucha mejor forma que antes. **Cuando Estados Unidos o Europa estornudaban, a nosotros nos daba pulmonía (...)** En este contexto, **el panorama de América Latina es más sólido, sano y auspicioso**”. (El Tiempo, 17 de junio 2012 p. 17, columna 2).

D. Macloskey (1983) resalta la importancia de la retórica en la profesión del economista, ya que considera que gracias a ella el economista alcanza un mejor nivel de recursos lingüísticos para hablar y para escribir y, en consecuencia, alcanzar mejores relaciones públicas, dado que puede hacer entender a los neófitos en el tema lo que él quiere transmitir.

En el campo de la dramática, la política funciona de manera similar al melodrama, en tanto que pretende despertar diferentes sentimientos en quienes lo escuchan, de ahí que acuda a las metáforas de la guerra, el conflicto, la lucha, estrategias y tácticas. No es raro, por eso, que encontremos que eventos casi insignificantes se hagan aparecer como eventos que exigen un despliegue táctico amplio, de tal forma que una solución positiva al evento que se está magnificando se vea como una gran victoria. Ejemplos: [El secuestro de Emanuela Orlandi] “reúne todos los ingredientes de un buen misterio (...)” (El Tiempo, 10 de junio

2012 p. 21, columna 2). “La información fue analizada con inteligencia militar y hace 20 días se dio luz verde a la operación para penetrar en una zona a una complicada zona selvática y montañosa en la que aún hay fuerte presencia guerrillera” (El Tiempo, 10 de junio 2012 p. 12, columna 3), “(...) el expresidente ejerció presiones para postergar el juicio que hizo tambalear su gobierno en 2005”. (El Tiempo, 10 de junio 2012 p. 22, columna 4).

Entre política, poder y biología se presenta nexos, en tanto que el Estado o las organizaciones políticas se representan a través de organismos vivos que nacen, están dotados de corazón, sistemas circulatorios, respiratorios, excretorios, articulaciones, nervios, cerebro, tienen voluntad, se enferman y mueren. Igualmente, los funcionarios tienen roles en los que se desempeñan como ojos o como oídos. Al Estado le asignamos la capacidad de tener amigos y enemigos, de ser o estar saludable o no, de estar amenazado, de ser fuerte o débil y, a partir de esta cualidad, le asignamos género, pues los estados fuertes los asimilamos a la figura masculina y los débiles a la femenina. En algunos textos la política tiene nexos con el discurso de la biología vegetal, pues debe por ejemplo llegarse hasta la *raíz* de las cosas, que *florezcan* ideas, o que aparezcan *bosques* para referirse a masas de personas. Una muestra de esa aserción es “El *giallo* de Orlandi, que sigue sin resolverse, ha reverdecido en las últimas semanas al calor de dos acontecimientos”. (El Tiempo, 10 de junio 2012 p. 21, columnas 3 y 4).

La palabra *desarrollo* también sirve de especie de comodín al político, pues es lo que él promueve. De ahí que se pueda dar desarrollo económico, desarrollo tecnológico, desarrollo ecológico, desarrollo educativo, desarrollo de políticas gubernamentales. Estos elementos sirven de lemas de campaña y de aparato lingüístico para mantener altos índices de popularidad, lo cual garantiza la gobernabilidad.

La relación religión-política ha sido una dupla inseparable a lo largo de la historia de los pueblos. De hecho, por ejemplo, la palabra japonesa para política, “*matsurigoto*”, en su sentido original significó observación religiosa. En el marxismo se proclamaba que la religión era el opio del pueblo. De ahí que quienes querían hacer política pura se declararan a sí mismos ateos, para lograr actuar objetivamente y no subjetivamente, como lo dictaban los preceptos dictados por un dios, cualquiera que él fuera. Muchos estados europeos han mantenido relaciones estrechas entre las entidades religiosas y las monarquías, al punto de ser la iglesia la encargada de tomar algunas decisiones con respecto a quien puede ejercer la soberanía en el Estado. En las sociedades latinoamericanas la religión y sus ministros han tenido una seria influencia en la conformación de los estados y en las decisiones que ellos han tomado posteriormente.

“El poder político en el occidente debe su legitimidad, su visibilidad y sus orígenes al hecho de que es reducible a un centro bien definido: ya sea Dios, el teniente de Dios de la tierra, el monarca absoluto, la gente, o en la práctica constitucional, ese punto donde el parlamento y el gobierno se encuentran. (...) El poder en Occidente tiene una debilidad por el aspecto de la representación; el poder occidental siempre prefiere representar algo más: Dios, un orden social, la gente, la historia, la estructura del ser humano o de la sociedad”. (Ankersmit, E, 1993: 192 - 193).

La retórica, entonces, ha jugado un papel definitivo en la política: por un lado, permite adornar el discurso y por otro, manipular a través de la utilización de un discurso persuasivo.

Las metáforas también impregnan el discurso empleado en la propaganda política, en la plaza pública, en los medios de comunicación masiva que hacen parte del desempeño político del siglo XX y XXI, y producen en el elector una sensación de confianza y, por supuesto, de éxito, tanto electoral, cuando se trata de candidatos, como en el desarrollo del proceso gubernamental para quienes han sido elegidos, ya que es a través de ellas que se crean una serie de símbolos que permiten reflejar los deseos y los intereses del pueblo elector o gobernado.

La propaganda política en las prácticas políticas actuales está dirigida especialmente al elector indeciso, tal y como funciona frente a cualquier producto que se quiere vender, pues lo que se pretende es lograr que los consumidores desprevenidos, indecisos, tomen una decisión benéfica para quien pretende alcanzar la curul gubernamental. Los argumentos que emplea carecen de argumentos racionales y apelan más bien a los deseos y las necesidades que el elector pueda tener, en cuyo caso podría decirse que la palabra pierde en cierta forma su poder y la imagen gana terreno. En otras palabras, la argumentación cede su espacio a la imagen. Al político no se le escucha, se le ve; por esa razón, quizás los gobiernos se reservan las franjas de mayor audiencia televisiva para tomar decisiones trascendentales o para mostrar imágenes a través de las cuales se gane el respaldo del pueblo.

Conclusiones

La metáfora, al igual que otros recursos retóricos, es un ingrediente esencial en la construcción del discurso político – discurso del poder por cuanto le ofrece a quien lo emplea las herramientas necesarias para persuadir a su auditorio, para sensibilizarlo y lograr los objetivos que se propone.

El empleo de este recurso retórico permite que tanto los hombres de la política como los instrumentos que registran sus actuaciones de manera aparentemente fiel – la prensa por

ejemplo – ejerzan sobre quiénes son sus interlocutores un poder particular que los lleva no solo a creer en lo que ellos proponen, sino a actuar en consecuencia, sin que sientan la fuerza y la agresividad que en ocasiones puede causar el lenguaje literal. Se podría afirmar que en este tipo de discurso la metáfora permite disfrazar, encubrir, paliar las verdaderas intenciones de quien construye y expresa el discurso.

Metáforas como la del barco, empleada por Platón, o la del partido de fútbol, empleada en *El Tiempo*, recurren a conocimientos que el interlocutor ya tiene interiorizados para que logre comprender la realidad política a la que se hace referencia, pero además lo conduce a que actúe quizás con el mismo entusiasmo y pasión con la que actuaría cuando dos equipos se enfrentan y donde él, quizás de manera un poco inconsciente, se inclina por el triunfo de uno de los dos equipos.

Efectos cognitivos similares producen los otros tipos de metáforas empleados en este tipo de discurso, pues los lectores desprevenidos podrían considerar que todos los recursos lingüísticos empleados, por ejemplo, en los textos de tipo económico, serían propios de ese tipo de discurso y, realmente, son términos metafóricos a través de los cuales el autor recurre al conocimiento previamente interiorizado por el lector para referirse a un objeto no económico, y crea la sensación de comprensión absoluta del texto y la impresión definitiva de interpretar adecuadamente una realidad económica para la cual no ha sido necesariamente formado.

Para finalizar, es importante señalar que los autores y sus textos recurren con frecuencia a múltiples estructuras metafóricas que vehiculan imágenes que facilitan la comprensión de diversas realidades para las que los lectores no han sido preparados previamente, y dada su naturaleza y los efectos cognitivos que producen, hacen que el lector logre una comprensión efectiva y adecuada de los textos y que ni siquiera perciba las imágenes que allí se emplean como metafóricas. Esto nos conduce a afirmar que el uso de la metáfora es tan frecuente que pareciera como si los hablantes de una lengua emplearan más la metáfora como un recurso comunicativo que el lenguaje literal y que los textos científicos –el económico, por ejemplo– encuentran en el lenguaje metafórico un recurso que permite que todos los lectores, incluso los neófitos, interesados en un tema puedan acceder a un campo del saber de manera más fácil y efectiva.

Por otra parte, se desvirtúa, una vez más, tanto la creencia de que los textos literarios son los únicos que manejan el lenguaje metafórico y que son los poetas los expertos en su uso y que la comprensión de este tipo de lenguaje exige una sensibilidad especial.

Aunque durante la semana que se empleó El Tiempo para ejemplificar el texto, no aparecieron metáforas alusivas a la relación entre la política y la religión, no se puede desconocer la importancia que la religión tiene en este tipo de discurso, ya que el hombre político siempre tiene la convicción de ser un ser con un poco más de supremacía que sus demás coterráneos.

Bibliografía consultada

- Ankersmit, F. R. and Mooij, J. J. A. (1993) *Knowledge and language*. Volume III, Dordrecht, Boston, London: Kluwer Academic Publishers.
- De Saavedra Fajardo, D. (1984). *Literatura de Murcia*, Murcia: Academia de Alfonso X el Sabio.
- González García J. M. (1998) *Metáforas del Poder*, Madrid: Filosofía y Pensamiento Alianza Editorial.
- Lakoff G. y M. Johnson. (1987). *Metáforas de la Vida Cotidiana*, Madrid: Cátedra, Colección teorema.
- Macloskey, D. (1983). Journal of Economic Literature citado en Cranston, M. y M. Peter (eds.), *Langage et politique. Language and politics*. Bruxelles: Institut Universitaire Européen.
- Pen, J. (1993). Economics and language en Ankersmit, F. R. y J. J. A. Mooij Eds. *Knowledge and Language*, Volume III, Metaphor and knowledge, Dordrecht / Boston / London: Kluwer Academic Publishers.
- Pérez Galdós B. (1979). *La Fontana de Oro*. Madrid: Alianza Editorial.
- Sennet, R. (1978). *El declive del hombre público*. Barcelona: Península.
- Tarbet, D. (1968). The fabric of metaphor in Kant's Critique of Pure Reason en *Journal of History of Philosophy*, pp. 257 - 260.
- Van Peursen, C. (1982). Language and politics in cultural perspective, en Cranston, M. y M. Peter (eds.), *Langage et politique. Language and politics*, pp. 41-48.
- White, J. B. (1987). Rhetoric and law: the arts of cultural and communal life en J. Nelson, A. Megil y D. McClaskey eds. *The rhetoric of human sciences*, Madison: University of Wisconsin Press pp. 298 - 319.